

V. Blasco Ibáñez  
El libro de los plagios: de lo «tuyo» y lo «mío» en la literatura  
(ABC, 16 y 17-2-1923)

I

Mi amigo Jorge Maurevert es un escritor de gran talento, nacido en el Norte de Francia. Figuró mucho durante su primera juventud en la vida literaria de París, cuando estaba en auge la llamada «escuela simbolista», y hace años vive en Niza, por amor a la dulce temperatura de la Costa Azul. Ha producido volúmenes de cuentos muy originales y estudios amenos sobre la vida de los principales personajes de la literatura francesa; pero, además de ser un creador literario, llama la atención por su vasta cultura.

Este cuentista es un hábil e incansable lector. Vive solo; su verdadera familia son los libros, y el radio de su curiosidad se extiende más allá de los límites intelectuales de su país. Conoce perfectamente la antigua literatura española. La ha estudiado con desinterés, por puro amor intelectual. Igualmente conoce a fondo todas las literaturas europeas de alguna importancia. Durante largos años se ha dedicado a una labor penosa, que exige las fatigas de una montería difícil, y más de una vez debe haber sonreído, con el orgullo del cazador que encuentra en el suelo el rastro, adivinado mucho antes por inducción.

Producto de esta labor tenaz es la obra que acaba de publicar, con el título de *El libro de los plagios*.

Maurevert ha buscado todos los plagios que consciente o inconscientemente realizaron los grandes hombres de la literatura francesa y algunas celebridades extranjeras. La cacería resulta abundantísima. Ningún escritor de los escogidos por él ha dejado de contribuir a tal batida con algunas piezas o con enormes montones. Y, sin embargo, Maurevert declara modestamente que su libro no pasa de ser un esbozo, que la materia ha sido apenas floreada por él, y los que le sigan en dicho trabajo encontrarán tal vez cosecha más abundante.

De su libro se desprende que el plagio es tan antiguo como la literatura, y allí donde hubieron escritores hubo plagios o acusaciones de este delito intelectual.

Aristófanes acusa a Eurípides de haber robado a Esquilo. A su vez, Aristófanes es acusado de entrar a saco en las obras de Cratino y Eupolis. Platón acusa igualmente al pobre Eurípides de haber copiado la filosofía de Anaxárogas; pero a Platón lo tratan de plagiaro muchos de los autores de su época. Pocos se libraron en Grecia de la acusación de ratería literaria. Sófocles se ve casi tan mal tratado como Eurípides. Todo poeta, filósofo o historiador

tiene más justificarse de los saqueos que se le suponen en las obras de sus antecesores.

Los poetas de Roma resultan plagiarios de los griegos. Plauto y Terencio limpian la mesa de los dramaturgos de Atenas, y con sus migajas, aliñadas con salsa italiana, fabrican nuevas obras. Virgilio, el divino Virgilio, es el plagiario más desvergonzado de Homero. Macrobio, un autor de su época, enumera todos los autores saqueados por el dulce «cisne de Mantua», y la lista resulta larguísima.

En la Edad Media, trovadores y bardos se copian unos a otros, y las canciones de gesta, así como los misterios, utilizan los mismos temas y emplean muchas veces los mismos versos. Los monjes cronistas roban descaradamente los escritos de sus antecesores... Luego, durante el llamado Renacimiento, los autores nuevos explotan fríamente los tesoros de la antigüedad. Maquiavelo repite los pensamientos de Plutarco sin indicar su origen, como si fuesen cosa propia. En los siglos sucesivos, poetas y filósofos consideran la literatura clásica como un campo sin dueño, y se apoderan de lo que les place.

Descartes es conocido del vulgo por una frase célebre. La inmensa mayoría de los que repiten, el nombre del célebre filósofo no han leído sus libros; pero saben que dijo: «Yo pienso; luego existo». Pues bien; algunos siglos antes de Descartes, un señor llamado Cicerón, que vivía en Roma, escribió en uno de sus libros: «*Vivero est cogitare*» («Vivir es pensar»). Lo cual, dice Maurevert, me parece que es exactamente la misma cosa.

Durante los siglos XVI y XVII, despojar a los autores antiguos fue considerado como una conquista y no como un robo. La palabra «plagio» era substituida por otra más discreta y decente, «imitación». Digamos de paso que esta palabra «plagio» fue inventada por un poeta español, el epigramático Marcial, nacido cerca de Calatayud, y que cansado de vivir a estilo bohemio en la Roma señora del mundo, volvió a terminar sus días en tierra aragonesa, como propietario rústico.

Después de muchos siglos aún no se ha llegado a un acuerdo sobre lo que puede ser considerado como plagio y la extensión de sus límites.

Algunos, al hablar de probidad literaria, • muestran un criterio estrecho, un puritanismo irreductible, pretendiendo con esto hacer ver que no incurrirán nunca en el pecado que combaten, hasta que un día los acusan de plagio, como a los demás, y entonces se muestran menos intransigentes en sus apreciaciones. Es el caso de Alfredo de Musset, como se verá más adelante.

Otros son, desde el primer momento, tolerantes y liberales en todo lo que se refiere a la defraudación intelectual; achican considerablemente los límites del plagio, y cuando alguno los acusa de este delito, sonríen benévolamente, no dando una importancia enorme a la acusación. Es el caso de Anatolio France, que escribió hace muchos años una *Apología del plagio*, y

al que dedica Maurevert largo capítulo, presentándolo como uno de los escritores contemporáneos que más ha tomado de los demás.

¿Qué es plagio...? Un tratadista del siglo XVII, que fue preceptor de Luis XIV, el olvidado La Mothe Le Vayer, decía así: «Se puede robar a estilo de las abejas, sin hacer daño a nadie, o sea chupando la miel de las flores; pero el robo de la hormiga, que se lleva el grano entero, no debe ser imitado nunca».

Esta distinción sutil gusta mucho a Anatolio France, que añade por su parte: «Una situación no pertenece al primero que la encuentra, sino al que la sabe fijar, con fuerza en la memoria de los hombres».

Y el gran maestro contemporáneo añade a su opinión la que expone Pierre Bayle en su *Diccionario histórico y crítico*. «Plagiar es llevarse, al mismo tiempo que los muebles de una casa, la basura del suelo; tomar a la vez el grano y la paja los residuos y el polvo.» De modo que el que se lleva de la vivienda ajena únicamente los muebles y el grano, dejando las barreduras, y el polvo, no es un plagiaro en el sentido absoluto de la palabra.

Digámoslo más claro. El robo de la idea o de la invención no es nada; solo es digno de reproche el robo de la expresión. De lo que resulta la paradoja literaria que la idea vale menos que la forma, y la expresión, o sea la palabra, es lo único esencial y digno de respeto. Esta opinión no la tengo por más cierta que otras muchas opiniones que pueden oponerse a ella.

La mayor parte del libro de Maurevert está dedicado a examinar, uno por uno, los grandes autores sometidos a su ojeo literario.

Dante, Milton, Rabelais y Shakespeare figuran a la cabeza del volumen, como cuatro enormes plagiaros. Dante ha tomado de leyendas irlandesas, crónicas italianas y obras de poetas árabes, muchas de las escenas de su *Purgatorio* y de su *Infierno*. Sería largo enumerar aquí todos los ejemplos que ofrece Maurevert de estos «empréstitos» hechos por el «viejo gibelino». Rabelais, como tantos autores del Renacimiento, explota sin escrúpulo los libros antiguos y modernos que conoce: griegos, latinos, italianos, franceses. *Gargantúa y Pantagruel* están fabricados con reminiscencias, «empréstitos» o simples plagios.

De Shakespeare no es nuevo lo que dice. Bien sabido es que este dramaturgo —tan misterioso y discutido, que hasta muchos niegan su existencia— resulta más superior por la forma que por las ideas propias. El gran William no parece que se esforzó mucho en inventar sus fábulas. Las tomó hechas de las viejas crónicas, de los novelistas italianos, como Bandello, o las robó buenamente a sus contemporáneos, que le acusaron repetidas veces de plagio. Además, un crítico inglés, Malone, descubrió hace más de un siglo que de los versos existentes en la obra de Shakespeare, 1.171 fueron tomados enteros de otros escritores, y 2.373, «desmarcados», o sea desfigurados, más o menos cínicamente. Él mismo en la dedicatoria de su poema *Venus y Adonis* llama a este libro «primer hijo de mi invención», y en aquella época llevaba ya

representadas., media docena de obras dramáticas. Milton, el «Homero inglés», aparece apropiándose en su *Paraíso perdido* las escenas y las expresiones de varios misterios representados en Italia.

Montaigne y Pascal no salen mejor librados del examen a que los somete el autor de *El libro de los plagios*. Los *Ensayos*, de Montaigne, son, según Maurevert, una antología de «empréstitos» más o menos reconocidos. Montaigne mismo, con una humildad tal vez excesiva, dice que su libro está hecho con despojos de Plutarco y de Séneca. Los *Pensamientos*, de Pascal, contienen a su vez numerosas reminiscencias de las obras de Montaigne.

¿Quién no conoce las famosas *Máximas* de La Rochefoucauld...? Este duque filósofo fue admirado hasta hace un cuarto de siglo, época en que la crítica empezó a darse cuenta de que su obra no es más que un amontonamiento de plagios. Rara es la máxima que no pueda encontrarse en algún libro ajeno. El duque Francisco de La Rochefoucauld ha desfigurado algunas y otras las copió textualmente. De las 504 máximas coleccionadas por él, van ya descubiertas 300 como inspiradas por los escritores antiguos o contemporáneos del noble moralista. Y estos descubrimientos no han terminado aún, lo que hace sospechar que el famoso libro representa una de las más sorprendentes mistificaciones literarias. Como dice Maurevert, la obra de La Rochefoucauld es un monumento de la sabiduría humana; pero de la sabiduría... de los otros.

En aquella época, España gozaba aún de una influencia universal; el idioma español era conocido por todos los escritores de la Europa culta, y a causa de esto, el aristocrático moralista, al apropiarse pensamientos ajenos, saqueó preferentemente en tierra española. Algunas de sus máximas están sacadas de las obras de Baltasar Gracián; pero donde más estragos hizo fue en las *Novelas ejemplares*, de Cervantes. Ciertos pensamientos de éste los copió textualmente. Otros están arreglados a su modo, haciéndoles perder la sobriedad con que los escribió Cervantes.

Pero hemos llegado al momento, en que los autores europeos empiezan a ejercer el arte del plagio a costa de la España, dominante en aquellos siglos, y esto merece «capítulo aparte».

## II

El crítico Fernando Brunetière dice así, hablando de Corneille: «Fue un gran aprovechador de cosas ajenas, como todos los grandes inventores».

Es cierto. El más vigoroso de los dramaturgos franceses saqueó mucho a un lado y a otro, haciendo víctimas en el mundo antiguo y en el moderno, atentando contra extranjeros y compatriotas; pero los poetas españoles sufrieron especialmente su rapacidad genial.

Todos saben que el famoso drama *Le Cid* es una imitación — llamémosla así—de *Las mocedades del Cid*, del valenciano Guillén de Castro; una imitación en la que se encuentran versos iguales a los del autor español, como si la obra fuese simplemente traducida. Pero es menos sabido que Corneille explotó también varios dramas de Alarcón, Lope de Vega y Calderón, tomando de ellos lo que le pareció conveniente. Sus tragedias *Eraclio* y *Poliuto* proceden de Calderón; su obra *Le menteur* le fue inspirada por *La verdad sospechosa*, de Alarcón, y su *Horacio* hace recordar a Lope de Vega. .

La Fontaine extrajo del libro *Reloj de príncipes*, del obispo español Antonio de Guevara, su historia *El campesino del Danubio*, popular en Francia. Sus fábulas tienen siempre por base un plagio, más o menos disimulado. El tierno Racine no resulta un plagiario tan considerable como su rival Corneille: pero también «es de la casa», como dice Maurevert, y cita varias pruebas.

Molière ha sido tenido siempre como el «príncipe de los plagiarios». Este título no se lo puede disputar ningún escritor, antiguo ni moderno. El mismo ha procurado que no se lo arrebatase nadie, declarando con cínica ingenuidad: «Yo tomo lo que me conviene, allí donde lo encuentro». Desde hace doscientos años es el modelo y la excusa de todos los escritores que merodean en las obras ajenas, y al ser sorprendidos, exclaman: «Hago simplemente lo que hacía el gran Molière».

Maurevert dice que elevó el plagio «a la altura de un dogma, a la solidez de una institución». No existe una sola de sus obras en la que no se encuentre un «eco» ajeno, más o menos preciso; un plagio, pequeño o grande. Puso a contribución muchos autores italianos. Copió el *Don Juan*, de Tirso de Molina, y varias comedias de Lope de Vega. Sus contemporáneos y compatriotas sufrieron igualmente sus asaltos. Cyrano de Bergerac dijo de él, con indulgente ironía: «Si nuestro amigo se apodera de nuestros pensamientos, es porque nos aprecia. De no creerlos buenos, no procuraría apropiárselos. Es inútil enfadarse con un hombre que al sentirse incapaz de tener hijos adopta los nuestros».

Scarron, el autor del *Roman Comique*, desvalijó a los cuentistas españoles con asombrosa inconsciencia, copiando una novela de Salas Barbadillo.

Voltaire representa una novedad; fue «el plagiario perseguidor». Nadie acusó a los demás tan ruidosamente de plagio, y ningún autor de su época saqueó tanto. Como sabía el inglés y las relaciones entre Francia e Inglaterra, eran entonces menos frecuentes, se aprovechó de esto para robar con toda tranquilidad a sus vecinos.

Su adversario Fréron y otros críticos que pasaron la vida devolviéndole sus mordiscos hicieron patentes con documentos los innumerables saqueos

que llevaba realizados en las literaturas extranjeras y los «empréstitos» a sus compatriotas. Pero Voltaire se defendió con una de sus piruetas intelectuales.

«Casi todo en la literatura es imitación —dijo en sus *Cartas filosóficas*—. Los espíritus más originales copian a sus antecesores. Ocurre con los libros lo que con el fuego de nuestros hogares. Se va a pedir fuego al vecino, con él encendemos en nuestra casa, luego se lo pasamos a otro, y pertenece a todos.»

Chateaubriand dio una verdadera muestra de grandeza de alma—según dice Maurevert— al pedir como hombre político la libertad de la prensa, pues los diarios de su época censuraron muchas veces las «imitaciones» que se encuentran en sus libros. Él mismo reconoció, en parte, la verdad de estas denuncias, confesando que había tomado ciertas comparaciones de la *Biblia*, de Homero y de Virgilio. Pero añadió a continuación, con solemne ingenuidad: «La crítica, que considera todo esto como una imitación literal, no se ha dado cuenta de que dichas comparaciones están totalmente cambiadas por mí.»

Lamartine fue el «pirata involuntario». No se ve en él un deseo preconcebido de aprovecharse de la obra ajena; pero sus obras más célebres abundan en reminiscencias de otros poetas, aun de algunos muy inferiores a él, cuyos nombres están olvidados.

Balzac produjo mucho y aprisa, aprovechando todo lo que encontraba a su alcance y le «convenía» para sus obras. Algunos críticos han descubierto crónicas de Teófilo Gautier que figuran casi textualmente en las novelas de Balzac. Pero el genial novelista, más que plagiario, fue un adaptador que tomaba lo ajeno, desfigurándolo con hábil rapidez. Semejante en eso a Stendhal, tenía la facultad de mezclar lo verdadero y lo falso, lo «tuyo» y lo «mío» de tal manera, que resulta ahora difícil poder discernir lo que pertenece a Balzac o a otro.

Stendhal aplicó su voluntad a producir con «el menor esfuerzo posible». Hace años hubiese provocado escándalo acusar a Stendhal de plagiario. Ahora, sus mayores admiradores se dedican a descubrir las fuentes de sus obras. De todos los autores célebres, Stendhal es el que se ha apropiado con más tranquilidad lo ajeno. Su *Vida de Mozart* la copió integra de Carpini, cuyas protestas se han olvidado, y también la *Vida de Haydn*. Su *Historia de la pintura en Italia* y sus diversos libros de viajes resultaron igualmente plagios, provocando el descubrimiento gran escándalo en su época. Tan inauditos parecen estos atentados literarios, que sus admiradores más fervorosos, al hablar ahora de las novelas *El rojo y el negro* y *La Cartuja de Parma*, declaran que «hasta el presente no hay motivo para dudar de su originalidad». Pero el célebre autor ha hecho nacer la duda, y sus fanáticos le admiran con prudencia y cierta inquietud.

Víctor Hugo es como los inmensos cursos de agua que cruzan el suelo de América. Sabemos que son ríos porque así lo afirma la geografía; pero ofrecen el horizonte infinito de un mar. Los ríos proceden de fuentes, y, remontando este Amazonas, este Mississippi; de la literatura moderna para llegar a sus orígenes, se descubren a veces modestos afluentes de títulos olvidados, lagunas nutritivas que llevan otro nombre.

Todo escritor, por admirable que parezca, empezó imitando al autor que estaba la moda cuando él era adolescente. Hugo copió ideas y aun versos enteros de Chateaubriand, que le había llamado «niño sublime». En sus primeras novelas imitó la literatura fantástica y mediocre del vizconde de Arlincourt, de Ana Radcliffe y otros autores ahora olvidados y célebres entonces. En *Nuestra Señora de París* han visto algunos una influencia inglesa. El arcediano Claudio Frollo se parece muchísimo a *El monje*, de Lewis, romántico inglés del que pocos se acuerdan. *Ruy Blas* está inspirado indudablemente en *Angelina Kauffmann*, novela inglesa de León de Bailli, de la cual el novelista Bulwer Lytton sacó mi drama, *La dama de Lyon*. Muchos poemas de *La leyenda de los siglos* son canciones de la Edad Media, versificadas nuevamente, pero guardando sus ideas primitivas, que el autor da como suyas. El gran poeta podía haber indicado muchas veces las fuentes alimentadoras de su majestuoso curso; pero prefirió callar, declarándolas solo en caso de apremio.

Alfredo de Musset ofrece el espectáculo más gracioso en la historia del plagio. Nadie más intransigente y meticuloso que él para apreciar la originalidad de los otros. «Robar un pensamiento, una sola palabra, debe ser mirado como un crimen en literatura.» Así dijo Musset en sus primeros años de poeta. Bien conocidos son los versos que figuran en la dedicatoria de su obra *La copa y los labios*. Helos aquí traducidos textualmente, sin atender a ritmo ni medida, para mayor claridad:

Odio como la muerte el delito del plagio.

Mi vaso no es muy grande, pero bebo en mi vaso.

Poca cosa es, lo sé, ser un hombre de bien.

Pero siempre será verdad que yo no exhumo nada.

Efectivamente, Musset no exhumó nada, aparte de Goethe, Byron, Schiller, Shakespeare, Voltaire, Rousseau, Michelet, Hugo, etcétera, que se encuentran de cuerpo presente en el citado libro *La copa y los labios*.

Más adelante la crítica descubrió que la comedia, de Musset, *Ont ne saurait penser a tout* es un escandaloso robo de una comedia del siglo XVIII, escrita por Carmontelle con el título de *El distraído*. Existen escenas en las dos obras que son idénticas, palabra por palabra. Otras de sus comedias no resultan un plagio tan descarado; pero sí una imitación demasiado extraordinaria de Mateo Bandello y de Boccaccio. Algunas de las frases más

hermosas que produjo han sido tomadas de cartas de su antigua amante Jorge Sand...

Y Musset, el que consideraba copiar una simple palabra como enorme crimen, acabó por imitar a Voltaire cuando decía: «Casi todo en la literatura es imitación», y afirmó en los siguientes versos:

Nada pertenece a nadie, todo pertenece a todos.  
Hay que ser ignorante como un maestro de escuela  
Para creer que puede decirse una sola palabra  
Que nadie, aquí abajo, haya dicho antes que nosotros.  
Hasta plantar coles es imitar a alguien que las plantó antes.

Su arrepentimiento no pudo ser más humilde.

La cuestión del plagio ha interesado siempre al maestro Anatolio France.

Hace años que, bajo el título general de *Apología del plagio*, defendió a Zola, Sardou y Daudet, sin contar a otros autores antiguos. Para él únicamente es plagiar el escritor que roba, sin discernimiento y sin gusto. «Un tipo de esta clase —dice— es indigno de escribir y de vivir. Pero el autor que sabe escoger, y toma de los otros lo que le conviene y le puede aprovechar, debe ser tenido por hombre honrado.»

En una palabra: Anatolio France cree que el ladrón debe ser un *gentleman*, como ciertos héroes de las novelas policíacas, y realizar sus robos puesto de frac y con guantes blancos.

De todos los grandes escritores contemporáneos, él es el más acusado de haber sabido «escoger» en las obras de los demás lo «conveniente y lo aprovechable». Y no son sus detractores los que afirman esto; sus admiradores más fieles se dedican ahora a buscar con erudita sagacidad las fuentes donde bebió el maestro antes de producir sus obras, tarea que no resulta fácil.

Anatolio France ha copiado páginas completas de autores antiguos y desconocidos para las novelas que tienen por protagonista al abate Coignard. Estos autores son el abate Montfaucon, el padre Marin, Galland, el antiguo arreglador de *Las mil y una noches*. También en otras de sus novelas han encontrado sus críticos páginas de Topffer, el novelista ginebrino, y hasta de Eurípides.

No por lo dicho hay que creer que todos los grandes escritores, absolutamente todos, son unos plagiarios, y lo mejor de cada uno no le pertenece por haberlo tomado a los otros.

Un escritor lanza durante su vida centenares de imágenes y repite con formas nuevas centenares de pensamientos. Una parte de esta producción recuerda más o menos vagamente la producción de sus antecesores, o resulta a veces idéntica; pero esto no impide que el mismo autor aporte al tesoro intelectual de la humanidad otra porción, original y propia. Un 80 por 100 de

su obra es tal vez plata vieja, hábilmente frotada; pero ¿qué importa, si el autor añade un puñado de monedas completamente nuevas, troqueladas, por él....?

Maurevert es un escritor sincero, y después de reconocer los pecadillos y faltas de probidad de los grandes personajes literarios, reconoce igualmente sus méritos. Se divierte sorprendiéndolos con la mano metida en el bolsillo ajeno y siente placer al comunicar sus descubrimientos.

Pero estas revelaciones literarias representan una buena acción. Sirven para sacar de la obscuridad a muchos autores desconocidos que, gracias a ellas, gozan ahora un minuto de gloria. Habían muerto para siempre, y resucitan unos momentos porque autores famosos se acordaron de ellos para robarles, avalorando con el esplendor de su estilo ideas que de otro modo hubiesen quedado olvidadas. Esto parecerá injusto; pero la vida y la historia no son en realidad más que una sucesión de injusticias.

Indudablemente lo nuevo no abunda, y cada autor solo trae con él migajas de novedad, para añadirlas a otras novedades encontradas siglos antes. Los más de los plagios se realizan inconscientemente. Son lecturas viejas y olvidadas, que resucitan, lo mismo que brujas, y se hacen pasar con su falsa juventud por hijas del momento.

—Pero al principio de esta cadena de escritores que se heredan unos a otros —pensará el lector—, ¿no hubo genios originales, verdaderos creadores, que se nutrieron con su propia substancia...?

No; al principio de las literaturas no existe la propiedad individual; impera el comunismo de las sociedades primitivas; todo es de todos, y todos intervienen en la producción.

Es la masa popular la que escribe las epopeyas; muchedumbre de autores vigorosos y sin nombre, sinceros y entusiastas, que lanzan sus obras sin firmarlas, con el desinterés de los arquitectos e imagineros, creadores de catedrales. Es el autor de mil cabezas y mil bocas, que produce los *Romanceros* y los poemas heroicos del Norte.

Y mucho más lejos, en los albores de la historia llegada hasta nosotros, son los cantores errantes de la Grecia, los rapsodas anónimos, los que se juntan, como las células se aglomeran en el cuerpo, para formar un autor irreal y venerable, el amado Homero, «padre de la poesía».

Menton (Alpes-Maritimes), febrero de 1923.